EL RETORNO DE IMRAY
RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Con las puertas abiertas, según el relato cuenta, desde la noche llegó aquel espectro paciente, quizá hablar no pudiera, ni tampoco alterase ni aun un solo pelo del armiño del Barón... Mudo, falto de fuerzas, sólo sombra ligera, erró por el castillo, iba en busca de su gente, ¡y resultó tremendo ver que el fantasma mudo seguía a su enemigo!

El Barón

IMRAY consiguió lo imposible. Sin previo aviso, sin motivo imaginable, en su juventud, en el umbral de su carrera, eligió desaparecer del mundo, es decir, de la pequeña colonia india donde vivía.

Un día estaba vivo, bien, feliz, y su presencia era más que evidente en las mesas de billar de su club. A la mañana siguiente ya no estaba, y no hubo búsqueda alguna que descubriese dónde podía estar. Se había salido de su sitio; no había aparecido en su oficina a la hora apropiada, y su dog–cart no se veía en los caminos públicos. Por esas razones, y porque constituía un estorbo microscópico al desarrollo de la administración del Imperio de la India, aquel Imperio se detuvo durante un momento también microscópico para hacer las investigaciones oportunas acerca del destino de Imray. Se dragaron estanques, se sondaron los pozos, se enviaron telegramas a lo largo de las líneas del ferrocarril y hasta los puertos más cercanos, a doscientas millas; pero Imray no estaba al final de los cables de arrastre ni de los hilos del telégrafo. Se había ido, y su tierra no supo de él. Entonces, el trabajo del Gran Imperio de la India siguió adelante arrollador porque no podía ser pospuesto, e Imray pasó de ser un hombre a ser un misterio..., ese tipo de cosas de las que los hombres hablan en sus reuniones mensuales del club y que luego olvidan por completo. Sus armas, caballos y coches se vendieron al mejor postor. Su oficial superior escribió una carta totalmente absurda a su madre, diciéndole que Imray había desaparecido de un modo inexplicable, y su bungalow permaneció vacío.

Después que hubieran transcurrido tres o cuatro meses de calor agobiante, mi amigo Strickland, de la policía, pensó que era adecuado alquilar el bungalow al propietario nativo. Eso ocurría antes que se hubiera comprometido con Miss Youghal -un asunto que ha sido descrito en otro lugar- y mientras llevaba una serie de investigaciones acerca de la vida de los indígenas. Su propia vida era ya de por sí bastante peculiar, y los hombres se quejaban de sus modales y sus costumbres. Siempre había comida en su casa, pero las comidas no se hacían a horas regulares. Comía, de pie y dando paseos, cualquier cosa que encontrase en el aparador, y eso no es bueno para los seres humanos. Sus enseres domésticos se limitaban a seis rifles, tres escopetas de caza, cinco sillas de montar y una colección de cañas rígidas para pescar el mahseer, más grandes y fuertes que las cañas de salmón más grandes. Estas cosas ocupaban la mitad de su bungalow y la otra mitad se reservaba para Strickland y Tietjens, su enorme perra de Rampur, que devoraba diariamente las raciones de dos hombres. Hablaba a Strickland en un lenguaje propio, y siempre que, en sus paseos, veía cosas calculadas para destruir la paz de Su Majestad la Reina–Emperatriz volvía junto a su amo para comunicárselas. Strickland tomaba al momento las medidas oportunas, y el término de sus trabajos era la multa y la prisión para otra gente. Los indígenas creían que Tietjens era un espíritu familiar, y la trataban con la gran reverencia que nace del temor y del miedo. Se había reservado una habitación del bungalow para su uso particular. Era dueña de una cama, una manta y un bebedero, y si alguien llegaba al cuarto de Strickland por la noche tenía la costumbre de derribar al invasor y no dejar de ladrar hasta que alguien llegaba con una luz. Strickland le debía la vida, de cuando estuvo en la Frontera persiguiendo a un asesino local que llegó en el amanecer gris para enviar a Strickland mucho más allá de las Islas de Andaman. Tietjens cogió al hombre cuando reptaba hacia la tienda de Strickland con un puñal entre los dientes, y, después que este récord de iniquidad fuese establecido a los ojos de la ley, fue ahorcado. Desde aquella fecha Tietjens lleva un collar de plata de ley y tiene bordado un monograma en su manta; y la manta es de tejido de Cachemira doble porque ella es una perra delicada.

No consentía en separarse de Strickland bajo ninguna circunstancia; y en una ocasión, en la que él estuvo enfermo con fiebre, planteó muchos problemas a los médicos, porque no sabía cómo ayudar a su amo y no dejaba que ninguna criatura intentara ayudarle. Macarnaght, del Servicio Sanitario de la India, le pegó con la culata de su arma en la cabeza para que entendiera que tenía que dejar paso a los que podían darle quinina a su amo.

Poco tiempo después de que Strickland hubiera tomado el bungalow de Imray, tuve que ir por motivos de trabajo a aquella estación, y como era natural, dado que el club estaba lleno,

me alojé con Strickland. Era un bungalow atractivo, de ocho habitaciones y con un techo de paja firme contra toda posibilidad de goteras provocadas por la lluvia. Bajo la pendiente del techo había un lienzo a modo de cielo raso que tenía un aspecto tan limpio como si estuviera encalado. El casero lo había pintado cuando Strickland alquiló el bungalow. A no ser que supieras cómo estaban construidos los bungalows indios, nunca sospecharías que por encima de aquella tela estaba el hueco triangular del techo donde las vigas y la parte inferior de la paja albergaban todo tipo de ratas, murciélagos, hormigas e inmundicias.

Tietjens salió a mi encuentro en la galería con un ladrido como el retumbar de la campana de San Pedro, poniéndome las patas en el hombro y mostrando así que se alegraba de verme. Strickland había conseguido combinar una especie de comida que él llamaba almuerzo, e inmediatamente después de haberla acabado se marchó a sus asuntos. Me quedé solo con Tietjens y mis propios asuntos. El calor del verano había acabado de golpe y había dado paso a la cálida humedad de las lluvias. No había movimiento alguno en el aire recalentado, pero llovían chuzos sobre la tierra, y al salpicar el agua generaba una bruma azul. Los bambúes, las chirimoyas, las poinsetias y los mangos del jardín estaban inmóviles mientras el agua caliente los azotaba y las ranas empezaron a cantar entre los macizos de áloe. Poco antes que se fuera la luz, y cuando la lluvia arreciaba más, me senté en la galería trasera a escuchar rugir el agua en los canalones y me rasqué porque estaba cubierto de esa cosa llamada sarpullido de calor. Tietjens salió conmigo, me puso la cabeza en las rodillas y estaba muy triste, así que le di unas galletas cuando estuvo listo el té, lo tomé en la galería trasera porque allí hacía un poco de frescor. Las habitaciones de la casa estaban oscuras tras de mí. Olía la guarnicionería de Strickland y el aceite de sus armas, y no tenía deseo alguno de acomodarme entre esos objetos. Mi sirviente se me acercó en el crepúsculo, con la muselina de sus ropajes pegada a su cuerpo empapado, a decirme que había llegado un caballero que quería ver a alguien. Muy en contra de mi voluntad, y sólo debido a la oscuridad de las habitaciones, fui desnudo al cuarto de estar y le dije a mi hombre que trajera las lámparas. Quizá hubiera habido un visitante esperando -me pareció ver una figura junto a una de las ventanas-, pero cuando llegaron las luces no había nada más que las púas de la lluvia en el exterior, y en mis narices el olor de la tierra sedienta. Le expliqué a mi sirviente que aún le quedaba mucho por aprender y volví a la galería a hablar con Tietjens. Había salido en busca de la humedad, y no conseguí hacerla volver por ningún procedimiento afectuoso, ni siquiera con galletas o terrones de azúcar. Strickland volvió a casa, chorreando, justo antes de cenar, y lo primero que dijo fue:

-¿Ha venido alguien?

Le expliqué, con mil excusas, que mi sirviente me había llamado al cuarto de estar con una falsa alarma; o que algún ocioso había intentado hacerle una visita a Strickland, pero que, pensándoselo mejor, había decidido marcharse después de dar su nombre. Strickland ordenó que nos sirvieran la cena, sin comentario, y como era una cena de verdad, con mantel blanco incluido, nos sentamos.

A las nueve, Strickland quería irse a la cama, y yo también estaba cansado. Tietjens, que había permanecido tumbada debajo de la mesa, se levantó y se fue a la galería menos expuesta a las inclemencias del tiempo en cuanto su amo se fue a su cuarto, que estaba al lado de la cámara majestuosa dispuesta para Tietjens. Si una mera esposa hubiera deseado dormir a la intemperie cuando estaba lloviendo a cántaros, no hubiera tenido importancia, pero Tietjens era una perra, y por consiguiente, un animal mejor. Miré a Strickland, esperando ver cómo la azotaba. Sonrió extrañamente, como sonreiría un hombre que acabara de contar una desagradable tragedia doméstica.

-Lleva haciendo esto desde que me mudé a este lugar -dijo-. Déjala.

La perra era la perra de Strickland, así que no dije nada, pero sentí todo lo que sintió Strickland al verse ignorado de esa manera. Tietjens acampó bajo la ventana de mi dormitorio, y los estallidos de la tormenta se sucedieron, uno tras otro, atronando, hasta morir finalmente. Los relámpagos salpicaban y manchaban el cielo como lo hace un huevo roto

contra la puerta de un granero, pero la luz era de color azul pálido, no amarillo; y, mirando a través de la rendija de mis persianas de bambú, vi a la gran perra de pie, sin dormir, en la galería, el pelo erizado en el lomo y las patas ancladas en el suelo con la tensión del cable de acero de un puente colgante. En las cortísimas pausas entre los truenos traté de dormir, pero parecía que alguien quería verme con mucha urgencia. El, quienquiera que fuese, trataba de llamarme por mi nombre, pero su voz no era sino un susurro ronco. El trueno cesó y Tietjens salió al jardín y aulló a la luna baja. Alguien trató de abrir mi puerta, paseó por toda la casa y se quedó jadeando en la galería, y justo cuando me iba a dormir creí oír un martilleo inmenso y un clamor sobre mi cabeza o en la puerta.

Fui corriendo al cuarto de Strickland y le pregunté si se encontraba mal y si me había llamado. Estaba tumbado en su cama a medio vestir y con una pipa en la boca.

-Pensé que vendrías -dijo. ¿Has estado paseando por la casa hace poco?

Le expliqué que había recorrido el comedor y el cuarto de estar y dos o tres habitaciones más, y él se rió y me dijo que me volviera a la cama. Me volví a la cama y dormí de un tirón hasta el día siguiente, pero a través de mis sueños heterogéneos estaba seguro de que era injusto con alguien al no atender a sus deseos. Cuáles fueran esos deseos, no sabría decirlo, pero un alguien agitado, susurrante, hurgador de cerrojos, oculto, me reprochaba mi negligencia, y, medio dormido, oí el aullido de Tietjens en el jardín y el batir de la lluvia.

Viví en esa casa durante dos días. Strickland se iba a su oficina diariamente, dejándome solo durante ocho o diez horas, con Tietjens como única compañía. Mientras hubiera luz yo estaba cómodo, y también Tietjens, pero con el crepúsculo ella y yo salíamos a la galería trasera y nos animábamos el uno al otro para acompañarnos. Estábamos solos en la casa, pero, aun así, estaba demasiado ocupada con un inquilino con quien no tenía deseo alguno de mezclarme. Nunca le vi, pero vi cómo temblaban, a su paso, las cortinas que separaban los cuartos; oía el crujido de las sillas cuando los bambúes se libraban de un peso, y sentía, cuando iba a coger un libro al comedor, que alguien esperaba en la sombra de la galería delantera hasta que yo me hubiese ido. Tietjens hacía más interesante el crepúsculo con su mirada brillante en los cuartos oscuros, con todo su pelo erizado y siguiendo los movimientos de algo que yo no veía. Nunca entraba en los cuartos, pero sus ojos se movían con interés: eso era ya suficiente. Sólo cuando mi sirviente vino a encender las lámparas para iluminar y hacer todo habitable, venía conmigo y se pasaba el tiempo sentada sobre sus cuartos traseros observando a un hombre invisible que deambulaba a mi espalda. Los perros son buenos compañeros.

Le expliqué a Strickland, con toda la delicadeza que pude, que iría al club a buscar alojamiento. Apreciaba su hospitalidad, me encantaban sus armas y cañas de pescar, pero no me gustaba demasiado su casa y el ambiente que había en ella. Me escuchó hasta el final, y luego sonrió con gesto muy cansado, pero sin desprecio, porque es un hombre que comprende las cosas.

-Quédate -dijo- a ver qué es lo que significa todo esto. Todo lo que me cuentas viene sucediendo desde que alquilé el bungalow. Quédate y espera. Tietjens me ha dejado. ¿Tú también te vas a ir?

Yo ya le había ayudado a resolver un pequeño asunto, relacionado con un ídolo pagano, que me había llevado a las puertas del manicomio, y no tenía deseo alguno de ayudarle en más experiencias de ese tipo. Era un hombre al que las cosas desagradables le llegaban como la cena a la gente normal.

Por lo tanto, le expliqué más claro que nunca que le tenía un inmenso aprecio y que estaría encantado de verle durante el día, pero que no me gustaba dormir bajo su techo. Esto ocurría después de cenar, cuando Tietjens había salido a dormir a la galería.

-Por mi alma que no me extraña -dijo Strickland mirando al lienzo del techo-: ¡mira eso!

Entre el lienzo y la pared colgaban dos serpientes marrones. Producían dos sombras alargadas a la luz de la lámpara.

-Desde luego, si tienes miedo de las serpientes... -dijo Strickland.

Odio las serpientes y me aterrorizan, porque si miras a los ojos de cualquier serpiente verás que conoce todo y más del misterio de la caída del hombre y que siente el desprecio que sintió el Demonio cuando Adán fue expulsado del Edén. Además de su mordedura, que generalmente es mortal, y de que se enrosca en las perneras de los pantalones.

-Deberías hacer revisar el techo de paja -le dije-. Dame una caña de mahseer y las atizaremos con ellas para que caigan.

-Se esconderán entre las vigas del techo dijo Strickland-. No aguanto tener serpientes sobre mi cabeza. Voy a subir al techo. Haré que caigan. Coge la caña y párteles el lomo.

No es que yo estuviera ansioso por ayudar a Strickland en su tarea, pero empuñé la caña y esperé en el comedor, mientras que Strickland cogió de la galería la escalera del jardinero y la apoyó contra una de las paredes de la habitación. Las colas de las serpientes se enderezaron y desaparecieron de la vista. Oíamos el seco correr precipitado de los largos cuerpos sobre las bolsas del cielo raso de lienzo. Strickland tomó una lámpara mientras yo trataba de presentarle con claridad los peligros de cazar serpientes en un techo entre el cielo raso y la paja, aparte del deterioro de la propiedad causado por las rasgaduras en el lienzo.

-¡Tonterías! -dijo Strickland-. Seguro que se esconden junto a las paredes y en el lienzo. Los ladrillos están demasiado fríos para ellas y lo que les gusta es el calor de la habitación.

Puso la mano en la esquina de la tela y la arrancó de la cornisa. Se abrió con un gran desgarro y Strickland metió la cabeza por la abertura en la oscuridad de las vigas del techo. Yo apreté los dientes y levanté la caña, porque no tenía la menor idea de lo que iba a caer.

-¡Hmmm! -dijo Strickland, y su voz tronaba y retumbaba en el techo-. Hay sitio para dos cuartos más aquí arriba, y por Júpiter, que hay alguien que los está ocupando.

-¿Serpientes? -dije yo desde abajo.

-No. Es un búfalo. Pásame los dos últimos trozos de la caña de pescar 'y lo empujaré. Está sobre la viga principal.

Le lancé la caña.

-No. Es un..., ¡vaya nido de lechuzas y serpientes! No me extraña que las serpientes vivan aquí -dijo Strickland, subiendo más arriba.

Yo veía asomarse el codo con la caña.

-Sal de ahí, quienquiera que seas. ¡Cuidado ahí abajo, que cae!

Vi cómo el lienzo del centro de la habitación se abombaba en una bolsa con una forma que bajaba más y más con su peso sobre las lámparas encendidas de la mesa. Quité de un manotazo la lámpara y retrocedí. Y entonces el lienzo se desprendió de las paredes, se desgarró, se agitó, y cayó como un trueno sobre la mesa algo que no me atreví a mirar hasta que Strickland no hubo bajado la escalera y estuvo de pie a mi lado.

No dijo gran cosa, ya que era hombre de pocas palabras, pero cogió el borde del mantel y lo arrojó sobre los restos de la mesa.

-Me parece -dijo, apoyando la lámpara- que ha vuelto nuestro amigo Imray. ¡Oh! Lo has hecho, ¿verdad?

Hubo un movimiento bajo el lienzo, y una serpiente pequeña se deslizó fuera para ser destrozada por la punta de la caña de pescar. Yo me encontraba lo suficientemente mal como para no hacer observación alguna digna de consignarse.

Strickland meditaba y se sirvió un trago. El objeto le debajo del mantel no daba señales de vida. -¿Es Imray? -dije.

Strickland levantó el mantel un momento y miró.

-Es Imray -dijo y tiene la garganta abierta de oreja a oreja.

Y entonces nos dijimos el uno al otro y cada uno a sí mismo: «Por eso susurraba por toda la casa».

En el jardín, Tietjens empezó a ladrar con furia. Un poco más tarde, su gran hocico apareció en la puerta del comedor.

Husmeó y se quedó quieta. El lienzo del techo hecho harapos colgaba casi hasta el nivel

de la mesa, y apenas había espacio para moverse y apartarse del descubrimiento.

Tietjens entró y se sentó, enseñando los dientes y adelantando las manos. Miraba a Strickland.

-Es un asunto muy feo, guapa -dijo: los hombres no trepan al techo de su bungalow para morir, y no sujetan después el lienzo del cielo raso. Estudiemos el asunto.

-Estudiémoslo en otro lugar -dije yo.

-¡Muy buena idea! Apaga las lámparas. Iremos a mi cuarto.

No apagué las lámparas. Fui primero al cuarto de Strickland y dejé que él hiciera la oscuridad. Luego me siguió, encendimos nuestras pipas y pensamos. Strickland pensaba. Yo fumaba con furia, porque tenía miedo.

-Imray ha vuelto -dijo Strickland-, la cuestión es... ¿quién mató a Imray? No digas nada, tengo mi propia idea. Cuando alquilé este bungalow me quedé con la mayoría de los sirvientes de Imray. Imray era un hombre sin engaños e inofensivo, ¿no crees?

Le dije que sí, aunque el bulto bajo el mantel no parecía ni una cosa ni otra.

-Si llamo a todos los sirvientes y les interrogo se cerrarán como una piña y mentirán como arios. ¿Qué sugieres tú?

-Que los llames de uno en uno -dije.

-Se irán y darán la noticia a todos sus compañeros -dijo Strickland-. Debemos segregarlos. ¿Tú crees que tu sirviente sabe algo de esto?

Quizá, pero no tengo ni idea, aunque no creo que sea probable. Sólo lleva aquí dos o tres días -contesté-. ¿Qué es lo que piensas?

- No estoy muy seguro. ¿Cómo demonios pudo llegar al otro lado del lienzo?

Se oyó una tos profunda detrás de la puerta del dormitorio de Strickland. Eso demostraba que Bahadur Khan, su sirviente personal, se había despertado y quería que Strickland se durmiera.

- Entra -dijo Strickland-; es una noche muy cálida, ¿no te parece?

Bahadur Khan, un mahometano de seis pies de alto, grande, con un turbante verde, dijo que era una noche muy cálida, pero que iba a llover todavía más, lo cual, gracias a Su Honor, traería alivio al país.

-Así será si Dios lo quiere -dijo Strickland, sacándose las botas-. He pensado, Bahadur Khan, que te he hecho trabajar muy duro durante mucho tiempo... desde que entraste a mi servicio. ¿Cuándo fue eso?

- ¿Acaso lo ha olvidado el nacido de los cielos? Fue cuando el sahib Imray se fue secretamente a Europa sin prevenir a nadie; y yo..., yo..., entré al honroso servicio del protector de los pobres.

- ¿El sahib Imray se fue a Europa?

-Eso dicen los que fueron sus sirvientes.

-¿Y tú volverás a servirle cuando vuelva?

-Con toda seguridad, sahib. Fue un buen amo, muy querido por los que dependían de él.

-Eso es cierto. Estoy muy cansado pero voy a ir a cazar mañana. Dame el rifle pequeño que utilizo para los venados negros; está en el armario de allá.

El hombre se inclinó sobre el armario y le pasó los cañones, culata y demás a Strickland, que los ensambló, bostezando quejumbrosamente. A continuación alcanzó la funda, sacó un cartucho bien sólido y lo deslizó en la recámara del Express 360.

-¡Y el sahib Imray se ha ido a Europa en secreto! Eso es muy raro, ¿no te parece, Bahadur Khan?

-¿Y cómo voy a saber yo las costumbres de los hombres blancos, nacido del cielo?

-Tienes razón, en verdad. Pero en seguida vas a saber más. Me he enterado de que el sahib Imray ha vuelto de sus larguísimos viajes, y que incluso ahora está en el cuarto de al lado, esperando a su sirviente.

-¡Sahib!

La luz de la lámpara se deslizó a lo largo de los cañones del rifle mientras apuntaban al

gran pecho de Bahadur Khan.

-¡Vete a ver! -dijo Strickland-. Coge una lámpara. Tu amo está cansado y te espera. ¡Ve!

El hombre cogió una lámpara y se fue al comedor. Strickland le seguía, empujándole casi con la boca del rifle. Miró un momento las profundidades negras de detrás del lienzo del techo, la serpiente moribunda a sus pies y, finalmente, con una mirada gris y vidriosa en el rostro, aquella cosa bajo el mantel.

-¿Lo has visto? -dijo, tras una pausa, Strickland.

-Lo he visto. Soy barro en manos del hombre blanco. ¿Qué es lo que la Presencia hace?

-Colgarte antes de un mes. ¿Qué otra cosa puede hacer?

-¿Por haberle matado? No, sahib, considéralo. Caminando entre nosotros, sus sirvientes, miró a mi hijo, que tenía cuatro años. A él le embrujó y en diez días murió de fiebre..., ¡hijo mío!

-¿Qué es lo que dijo el sahib Imray?

-Dijo que era un niño muy guapo, y le pasó la mano por la cabeza, por lo que mi hijo murió. Y por lo cual yo maté al sahib Imray al anochecer, cuando acababa de volver de la oficina y dormía. Después lo arrastré a las vigas del techo y cerré todo tras él. El nacido del cielo conoce todas las cosas. Yo soy el sirviente del nacido del cielo.

Strickland me miró por encima del rifle y dijo en el idioma local:

-¿Tú eres testigo de lo que dice? Ha matado.

Bahadur Khan se quedó gris ceniza a la luz de la lámpara. La necesidad de justificarse se le ocurrió con toda celeridad.

-Estoy atrapado -dijo, pero la ofensa fue la de aquel hombre. Echó mal de ojo a mi niño, y yo lo maté y lo escondí. Sólo aquellos que son servidos por los demonios -y lanzó una mirada a Tietjens, acostada sólidamente delante de él-, sólo aquellos saben lo que yo hice.

-Fue muy inteligente. Pero hubieras debido atarle a la viga con una cuerda. Ahora serás tú el que cuelgue de una cuerda. ¡Asistente!

Un policía soñoliento contestó a la llamada de Strickland. Iba seguido por otro y Tietjens seguía maravillosamente quieta.

-Llevadlo a la comisaría -dijo Strickland-. Tenemos un caso.

-¿Me van a colgar, entonces? -dijo Bahadur Khan, sin intentar escapar y con los ojos fijos en el suelo.

-Si luce el sol o si las aguas corren... ¡sí! -dijo Strickland.

Bahadur Khan retrocedió un gran paso, tembló y se quedó quieto. Los dos policías aguardaban más órdenes.

- ¡Vete! -dijo Strickland.

- Sí, pero me voy a ir muy rápidamente -dijo Bahadur Khan-. ¡Mira! Ya soy un hombre muerto.

Levantó el pie y allí, agarrada al dedo gordo, colgaba la cabeza de la serpiente medio muerta, fija firmemente en la agonía de la muerte.

- Procedo de una raza de terratenientes -dijo Bahadur Khan, meciéndose inmóvil en su lugar-. Sería un deshonor para mí ser colgado en público; por consiguiente, lo hago así. Quiero que se recuerde que las camisas del sahib están correctamente numeradas y en orden y que hay una pastilla de jabón extra en el lavabo. Embrujaron a mi niño y yo maté al brujo. ¿Por qué ha de hablarme de matarme con una cuerda? Mi honor está salvado y..., y..., yo muero.

En una hora murió, como mueren aquellos a quienes ha mordido la pequeña karait marrón, y los policías le llevaron a él y a la cosa de debajo del mantel a los lugares que les correspondían. Todo eso fue necesario para aclarar la desaparición de Imray.

-A esto -dijo Strickland, muy tranquilo, mientras se metía en la cama- le llaman el siglo diecinueve. ¿Oíste lo que dijo aquel hombre?

- Lo oí -contesté-. Imray cometió un error.

-Sencilla y exclusivamente por no conocer la naturaleza de los orientales, y por la

coincidencia de una pequeña fiebre estacional. Bahadur Khan llevaba con él cuatro años.

¡Me estremecí! Mi sirviente llevaba exactamente este tiempo conmigo. Cuando llegué a mi habitación me encontré a mi hombre esperándome, tan impasible como la efigie de cobre de una moneda de un penique, para quitarme las botas.

-¿Qué le ha sucedido a Bahadur Khan? -dije. -Le mordió una serpiente y murió. El resto, el sahib lo conoce -fue la respuesta.

- ¿Y qué es lo que conoces tú de este asunto?

-Lo que se puede deducir de alguien que viene en el crepúsculo a buscar satisfacción. Suavemente, sahib. Déjeme que le saque las botas.

Acababa de coger el sueño del cansancio absoluto cuando oí que Strickland gritaba desde su lado de la casa:

- ¡Tietjens ha vuelto a ocupar su sitio!

Así era. La corpulenta perra estaba acostada majestuosamente en su propia cama, en su propia manta, mientras, en el cuarto de al lado, el lienzo vacío y perezoso se agitaba rozando la mesa con su vaivén.

Librodot